

Nota sobre psicología ascética

Por

Juan Rosanas, S. I.

Carácter de San Luis Gonzaga

(Conferencia pronunciada en el Seminario
Metropolitano, Villa Devoto - Buenos Aires)

¿Qué es el carácter? Consultemos a los autores modernos de psicología experimental y no nos encontraremos con un laberinto de definiciones, que cotejadas entre sí no se ve que convengan en nada. El carácter es indefinible, porque el carácter es algo propio e individual, es la resultante de los múltiples y variados fenómenos que presenta el hombre como son: las impresiones, sensaciones, percepciones, imágenes, ideas, instintos, tendencias, hábitos, pasiones, emociones y de otras mil variedades de estos fenómenos. Pues bien, del fondo de todo este conglomerado, nace y vive el carácter, que sintetiza el individuo, como el hombre compendia el universo. El carácter es todo el individuo y no es nada: lo es todo, porque influye en todo lo del alma y lo baña y pinta de su color; no es nada, porque si se quiere tomar para analizarle, se evapora como el éter, y uno se encuentra con sensaciones, imágenes, deseos, voliciones, tendencias, instintos, pasiones y todo cuanto tiene algo de objetivo en el alma menos con el carácter. Viene a ser como el éter imponderable que llena los espacios interplantearios e intermoleculares, al cual se recurre para explicar todos los misterios de la física; o como lo inconsciente en psicología que sirve de panacea para todas las cuestiones oscuras. Por esto y por ser algo propio y peculiar de cada individuo, que lo distingue no de los individuos de otra especie, sino de todos los individuos de la misma, se comprende que debe ser algo indefinible, o por lo menos muy difícil de definir. Así que nos contentaremos con alguna de estas definiciones generales en que convienen casi todos: "Carácter es el conjunto de cualidades que distinguen a un individuo de otro de la misma especie"; o bien: "El carácter define a las personas, y su re-

lieve entre las demás es efecto del carácter"; o esta otra: "El carácter es un efecto de conjunto, por el cual se individualizan y personifican los seres, distinguiéndose de los demás de su especie".

Se trata pues de buscar cuál es el distintivo de S. Luis, que lo individualiza y personifica y lo define y pone de relieve sobre los demás.

Así como el carácter no es definible de un modo exacto y preciso; por iguales razones no es posible una división completa de caracteres. La razón es obvia, el carácter es algo propio e individual, luego hay tantos caracteres como individuos habidos y por haber. Ahora bien, la clasificación supone notas comunes, luego no es posible una clasificación del carácter. Con todo, así como nos hemos contentado con una definición del carácter general, así tendremos que admitir alguna de las clasificaciones generales, y una de ellas muy aceptable es la división de los caracteres en vegetativos o sea por el predominio de un instinto vegetativo, sensitivos o sea por el predominio de un instinto sensitivo, superiores y volitivos según sea el predominio de una tendencia superior o proceso voluntario, etc. Entre los caracteres vegetativos se cuentan los inquietos o movidos, los quietos, los sexuales o lujuriosos y los castos. Y esto es lo que afirmo de S. Luis: El carácter de S. Luis fué un carácter casto.

Antes de probar mi aserto es menester disipar una dificultad al parecer grave y es ésta: ¿tratamos del carácter de S. Luis como hombre o como santo?; si como hombre no nos interesa mucho que digamos, si como santo, no se ve que vayamos bien encaminados. De las dos cosas quiero tratar, es decir de su carácter natural y de su carácter sobrenatural o sea del distintivo de su santidad, de aquello que le distingue de los demás santos y que solemos llamar santidad característica. Es necesario tener presente que el orden sobrenatural o la gracia no destruye la naturaleza sino que la supone, la completa y la eleva. El orden natural y el sobrenatural no son dos órdenes contrarios, sino más bien paralelos, y al renacer el hombre por la gracia a un estado superior, permanece todo entero con sus facultades, sus instintos, sus tendencias, pero realizadas, sobrenaturalizadas, en una palabra divinizadas, y sus proporciones muchas con la resultante de todas ellas: o sea su carácter permanece, como no cambia de figura ni de forma al ascender el hombre en aeroplano a gran altura sobre el nivel del suelo. Bien puede pues suceder, y sucede frecuentemente que el carácter natural de un santo sea semejante a sí mismo en el orden de su santidad, y constituya la nota caracte-

terística de su espiritualidad; como lo vemos en S. Ignacio que su carácter intrépido de guerrero, lo conservó toda su vida, formando una legión de soldados de Cristo.

Esto supuesto, veamos cómo nos describen los psicólogos, los caracteres llamados *castos*. Estos son dicen, aquellos en los cuales parece muerto el instinto sexual, son el reverso de los caracteres lujuriosos, son seres privilegiados, rarísimos en la historia, de cualidades excepcionales conocidas de todo el mundo. La cantidad de energía que gasta el instinto sexual, el enorme empuje y tensión elevada propio del mismo, se difunde y distribuye en otros ramos de la actividad humana, sobre todo aquellos que se refieren al amor del prójimo y bien de los demás. Ellos suelen ser los grandes bienhechores de la humanidad, los reformadores, los fundadores, los salvadores de los derechos, los defensores del débil, los que ponen las primeras piedras de los nuevos edificios sociales. Esta misma energía transmitida a la inteligencia, aumenta extraordinariamente su fuerza generalizadora, universalizadora, y por esto, si su vida es contemplativa, estos caracteres son los grandes talentos, portentos de sabiduría, los Tomases de Aquino.

Para probar mi aserto creo que bastarán algunos rasgos de la vida de S. Luis. Este demostró muy pronto el sentimiento de la pureza y del pudor: "En una tarde, refiere Dña. Camila Ferrari, la cual a menudo había tomado parte en los juegos en Castiglione, el niño Luis con otros niños estaba haciendo un juego de prendas, tocóle una vez a Luis para desempeñar la suya, dar un beso a la sombra que se dibujaba en la pared de una de las niñas que jugaban con él. Esta sola idea le llenó de sonrojo al niño, pintando en su rostro la indignación y el disgusto. Así volviendo inmediatamente la espalda al juego de prendas y a toda la cuadrilla de chiquillos, jamás se pudo conseguir de él que tomase en adelante parte en estos juegos". Algunas de las niñas declararon bajo juramento, que siempre que tomaban a Luisito en sus manos, experimentaban un muy particular sentimiento de espiritual alegría y edificación, creyendo que llevaban a un ángel. En aquel tiempo en que Luis vivió en la ciudad del Arno que según fama era la más alegre del mundo, en Florencia "la bella" como se la llamaba, vino a sus manos un libro del P. Gaspar Loarte S. J. sobre el santo Rosario. La lectura de esta obra enardeció aun más su amor a la Madre de Dios. Postrado un día ante su imagen que se veneraba en una capilla de una de las más grandes y hermosas iglesias de Florencia "La Santísima Anunciata", se sintió de súbito inspirado a consagrar su virginidad a la Madre de Dios. Resuelto, al instante hizo voto de perpetua virginidad, con

toda deliberación y con corazón lleno de regocijo y amor. La Sma. Virgen le impetró como galardón de su fineza, la extraordinaria merced de que jamás en toda su vida se sintiese acometido de la más leve tentación contra la virtud de la pureza, según confesó él mismo más tarde a su director espiritual. Es cierto que esto fué un singular privilegio, pero también es cierto que Luis sintió desde su más tierna infancia, natural aversión hacia todo lo que no era puro y casto, y hasta le repugnaba el trato de personas de otro sexo. Cuando era convidado no había medio de hacerle tomar asiento al lado de una señora o de permanecer en su presencia. A las instancias repetidas contestó: "No hay remedio; que no puedo soportar las mujeres". Con especial cuidado huía del trato de ellas. Cuando su madre enviaba alguna de sus doncellas con un recado para él, la oía sin dejarla entrar, estando la puerta media abierta, y la despedía con breves palabras. Hasta le pesaba estar sólo con su madre, bien en la mesa, bien en la conversación, y cuando los demás se retiraban, también él buscaba algún motivo para alejarse. A un caballero que lo notó y le reprendió por ello, le contestó que la causa de su conducta era un pudor nativo que no podía deponer. De ahí que a muchas personas de su parentesco no las conociese ni siquiera de vista. Había celebrado con su padre una especie de convenio, prometiéndole que accedería gustoso a cuanto quiesiese, con tal que le dispensase de hacer visitas a señoras. Como el Marqués fué bastante prudente en no hacerle violencia respecto a este punto, pronto se le llamó a Luis "el misógeno".

Creo que bastaría lo dicho para probar mi tesis, pero me es grato añadir algún otro dato. Un día que se hallaba en presencia de varios otros nobles en el palacio del arzobispo de Turín, un caballero de 72 años cometió la ligereza de decir algún equívoco deshonesto en el corro de jóvenes en que Luis estaba. Indignado éste, se volvió hacia él y le dijo "¿No os da vergüenza, siendo tan viejo como sois y de tan noble alcurnia, hablar de esta manera delante de jóvenes? ¿Ignoráis que malos discursos pierden las buenas costumbres?" Y al punto tomó un libro espiritual y se marchó. En Chieri había su tío dispuesto en honor de Luis un gran festín, para el cual estaban convidados muchos señores y damas de la nobleza. Luis se negó primero a aparecer en la mesa. Pero cuando se le indicó que habiéndose preparado a causa suya, su tío se disgustaría; prometió que iría pero solamente a condición que no se le invitase a bailar o cosa parecida. Aceptóse la condición. Entró Luis en la sala en la cual había gran número de caballeros y señoras. Apenas tomó asiento acercóse una

dama y le invitó a bailar. Luis, enojado, levantóse y salió de la sala sin decir palabra. Su tío le buscó largo rato, y al fin le halló haciendo oración de rodillas en un rincón de la casa. Lleno de religioso temor, no se atrevió a decirle nada.

Estos rasgos de la vida de S. Luis son suficientes para probar que el temperamento de S. Luis fué lo que los psicólogos modernos llaman un temperamento o carácter casto. Cierto que es difícil o imposible apreciar en su debido grado o distinguir las partes de la gracia y del mérito de S. Luis en su pureza virginal, y de ninguna manera quisiera yo quitar lo más mínimo a la gracia o al esfuerzo que tuvo que poner el Santo para llegar a tan admirable grado de pureza. La gracia le previno desde muy niño con toda suerte de bendiciones, y nadie puede ser casto sin la gracia de Dios. El Santo por otro lado no omitió ninguno de los medios preventivos y defensivos, huyendo las más leves ocasiones, y hasta las meras posibilidades de pecar, y ejercitándose en la más rigurosa mortificación de su cuerpo, con cuyos medios todos los hombres, sea cual fuere su carácter, pueden llegar a una sublime castidad. Pero en el fondo de los hechos que he entresacado de la vida del Santo, descubro su naturaleza excepcional y privilegiada, es decir, su carácter casto. ¿Qué significa aquel sonrojo cuando niño, a dar un beso a la sombra de una niña; aquella repugnancia al trato de las personas de otro sexo; aquel pudor nativo como él decía que no podía deponer? Todo esto nos dice que el instinto vegetativo a los placeres de la carne estaba bastante adormecido, y que realizado por la gracia que no destruye a la naturaleza, y por la continua vigilancia de todos sus sentidos especialmente de la vista, pudo llegar más fácilmente que otros santos a la sublime pureza, émula de los ángeles, que todos admiramos.

Veamos ahora si en S. Luis se realizaron los otros elementos que según los psicólogos acompañan al carácter casto, Dijimos que la enorme cantidad de energía del apetito vegetativo que en los temperamentos sexuales se difunde a un reducido número de personas a la familia, en los caracteres castos se derrama sobre muchos a la sociedad entera. En otras palabras el amor que en unos se limita a pocos, en los otros se extiende a todos, y en los santos se traduce en un intenso amor de Dios y del prójimo. Así se verificó en S. Luis. Los rayos de la caridad divina del Verbo encarnado penetraron de lleno en su alma pura y clara como el agua cristalina, y reflejándose en ella volvieron unos hacia Dios, otros hacia sus hermanos. Llegó a tan alto grado de amor de Dios, que la extática Virgen Sta. Magdalena de Pazzis, en aquella célebre visión que tuvo

de la sublime santidad de este bendito joven, no sabiendo como expresarla, exclamaba: "¡Oh cuánto amó en la tierra! y por esto goza ahora en el cielo de una soberana plenitud de amor. Arrojava saetas al Corazón del Verbo mientras estaba en esta vida mortal". Aquel insigne maestro de la vida espiritual P. Aquiles Gagliardi, habiendo tratado íntimamente con nuestro Santo en el colegio de Milán, echó de ver que en pocos años había subido a aquella altísima y divina unión a que sólo se llega por medio de la contemplación que llaman sinfusa. Y cierto Luis era un Santo contemplativo. Prueba de ello son los siguientes hechos: Apenas estaba en una iglesia o miraba la imagen de un santo, quedaba tan cautivado su corazón, que necesitaba algún tiempo para volver en sí y poder responder a las preguntas que se le hacían. Los que le acompañaban solían cantar casos de éstasis que le acaecían aun en medio del estrépito y bullicio de las posadas. Muchas veces se le oyó exclamar: "¡Ojalá pudiera yo amar a Dios como El se merece! ¡Qué debe pasar en el cielo, si tan dichosos nos hace aquí una palabra suya!" En la casa del noviciado de S. Andrés a menudo estaba como arrebatado a otro mundo, y las lágrimas corrían con tanta abundancia al contemplar los atributos divinos, que los superiores tuvieron que procurar atajarlas para no extinguirse su vida. Nunca pensaba más que en lo que quería pensar, y ningún ruido era capaz de estorbarle. Sabido es lo que respondió a un superior que le preguntó si padecía distracciones en la oración. Las distracciones en medio año dijo, sumarían tal vez el tiempo de una Ave María. Un año antes de su muerte, en Milán, estando por la mañana en profunda contemplación, le reveló Dios que dentro de breve tiempo sería llamado a otra vida. Cuenta uno de sus compañeros, el P. Cepari, que estando una vez en la mesa y oyendo leer del amor divino, luego se sintió enardecido interiormente como un fuego, y quedóse absorto y suspenso sin poder tomar refección. En su última enfermedad, una noche preguntó a S. Roberto Belarmino si creía que había almas que subían al cielo sin pasar por el purgatorio. El Santo respondió que sí, y que a su parecer Luis sería uno de aquellos dichosos. Tal respuesta llenó a Luis de tan gran consuelo, que cayó en una especie de éxtasis por toda la noche. En este arrobamiento parece que Dios le manifestó la hora de su muerte, pues en adelante aseguró que moriría en la octava del *Corpus*, como así sucedió.

Estos hechos nos muestran a las claras que S. Luis fué una de estas almas privilegiadas que llegan a los más altos grados de oración mística, y a la vez nos patentizan lo acendrado de su amor divino, ya que es cosa sabida que a esta

contemplación subida sólo llegan los que tienen su corazón despegado de todo lo de aquí bajo, y unido con Dios con el más puro amor. Por lo dicho se deja entender cual debía ser su amor al prójimo. El amor de Dios es tal que una vez prendido en el corazón procura abrazar a todos en el mismo fuego; porque el amor de Dios y del prójimo es uno sólo con dos objetos. Ansiaba ardientemente ser enviado a las misiones de los gentiles, y no ordenado aún de menores, procuraba a su modo aprovechar a las almas. Complaciase mucho en enseñar el catecismo a los criados del Colegio Romano, y a los labriegos del campo de Fiori, y en la plaza Montanara. En estos sitios se subía en el primer tinglado que encontraba, y desde allí se ponía a enseñar la doctrina cristiana a la muchedumbre que se reunía alrededor del improvisado púlpito. Otro medio en que ejercitó su celo fué el de hablar de cosas espirituales en recreo. Asondrosos fueron los resultados que obtuvo entre sus hermanos por este medio. Ejercicio excelente de amor de Dios y del prójimo, porque además de ser señal segura de que el corazón está poseído de Dios, es un medio muy bueno para hacer medrar el prójimo en la vida espiritual, y tan fácil, que cualquiera puede aplicarlo en todas partes. ¿Quién pues rehusará hacerlo?

No sólo en obras de misericordia espirituales sino también corporales se ejercitó la caridad de Luis. Los años 1590 y 1591 fueron años de un terrible azote para toda Italia y para Roma en donde se calculaban las víctimas en 80.000, Luis no dejó pasar la ocasión: obtuvo de sus superiores el ir de puerta en puerta con la alforja al hombro para pedir limosna para los pobres, y pidió prendas de vestir hasta a su hermano Rodolfo y a su madre. Mas esto de pedir limosna no fué bastante a la caridad de Luis; no cesó hasta recabar de los superiores el permiso de asistir a los enfermos de los hospitales. Luis y sus compañeros aparecieron a los desgraciados del hospital de S. Sixto como ángeles del cielo. Llevaban a los enfermos a sus camas, los desnudaban y lavaban, les servían la comida y medicinas, los preparaban para la confesión y los animaban a llevar sus desgracias con fortaleza. Cae pronto víctima de la peste uno de sus hermanos en religión, Tiberio Bondi, y los superiores, temiendo por la endeble salud de Luis, le prohiben asistir a los enfermos de S. Sixto. Pero cediendo a sus reiteradas instancias le permitieron visitar otro hospital en donde se acogían enfermos menos peligrosos. Yendo allí encontró un día a un apestado que estaba abandonado en medio de la calle. Tomóle en seguida, lo cargó sobre sus hombros, lo llevó al hospital y le asistió. Este heroísmo le costó a Luis la vida;

volvió a casa enfermo, y tuvo que ser llevado a la cama para no levantarse jamás. Así se sacrificó aquella víctima pura e inocente en aras del más subido amor del prójimo. Verdaderamente es cierto que las energías del casto se difunden en amor de sus hermanos.

Dijimos también que en los temperamentos castos, la energía se transmite a la inteligencia y aumenta notablemente su fuerza, formando los grandes talentos, portentos de sabiduría. La aptitud de S. Luis para las ciencias fué singular. Con ser de tan poca salud, con dedicar tanto tiempo a la oración, antes de terminar el primer año de Filosofía le encomendaron los superiores la defensa pública y solemne en el Colegio Romano de las tesis de toda la Filosofía. El éxito brillante de la disputa valió al defensor elogios de cuantos lo presenciaron, maravillándose los cardenales de que hubiese aprovechado tanto en las ciencias, con estar tan delicado de salud. Inmediatamente pasó a los estudios de Teología en cuyo estudio tuvo por profesores ilustres, como Benedicto Giustiniani y Gabriel Vázquez. También en este ramo hizo Luis gala de su ingenio y penetración nada común, de modo que los maestros confesaron que a causa de Luis habían tenido que prepararse mejor para tener prontas respuestas a sus preguntas.

Esta es nuestra opinión sobre el carácter de S. Luis. Pero conviene que se entienda bien todo lo dicho. S. Luis hubiera sido santo, aunque no hubiera tenido tal carácter, porque la santidad depende únicamente de la gracia por parte de Dios, y de la cooperación por parte del hombre. Sin tal carácter no hubiera sido tal santo, tan extraordinariamente puro, y tan notable por su amor de Dios y del prójimo, y tal vez de ingenio no tan insigne. En otras palabras la característica de su santidad hubiera sido otra.

Lo dicho explica muchos misterios en la historia y sobre todo en la pujante vitalidad de la Iglesia. En los grandes santos, en los reformadores, en los Saulos, en los Javieres, en los curas de Ars, en tantos sacerdotes celosos, en esta pléyade de santas y religiosas mujeres, verdaderos ángeles de paz, que llevan el bálsamo del consuelo a las más remotas regiones del globo, que son enfermeras, educadoras, maestras, catequistas, encontraremos como base de tantos heroísmos la castidad adquirida por medio de la gracia y a cuesta de más o menos esfuerzos según haya sido su temperamento natural, la cual en vez de limitarse al círculo reducido de una familia, se ha desbordado como torrente impetuoso transformada en amor de Dios y de los hombres.